

17-123  
"JUVENTUD," Santiago de Chile  
Año III. No 15. Agosto de 1921

1  
RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III



### Bienestar y vida

#### A PROPÓSITO DE UNA POLÉMICA SOBRE LA REVOLUCIÓN RUSA.

Bertrand Russell es inglés y filósofo, especialmente filósofo de las matemáticas, se agregó a una comisión que iba a visitar la Rusia bolcheviki de Lenine. Y publicó sus impresiones en cuatro números del semanario inglés THE NATION. Y estas impresiones de Bertrand Russell nos han resultado bastante matemáticas, si no por su exactitud—de la que no podemos juzgar—al menos por su frialdad.

Bertrand Russell celebró entrevistas con Lenine, Trotzky, Gorki, y otros. Fué Gorki, a quien le encontró encamado y moribundo, según nos dice, el que más profunda impresión le produjo; «el más amable y para mí el más simpático de todos los rusos que vi»—agrega—Gorki ha hecho, según Bertrand Russell, todo lo que ha podido para preservar la vida intelectual y artística de Rusia, vida que está moribunda, nos asegura el inglés filósofo de las matemáticas, así como acaso está moribunda la misma Rusia. Bertrand Russell encontró, pues, moribundo a Gorki, moribunda la vida intelectual y artística de Rusia y moribunda a Rusia misma.







## El Anuncio

Cae la tarde a mi redor.  
Las persianas vacilantes  
de mis rústicas ventanas  
levemente se han cerrado  
y estoy solo.

Breve golpe me ha anunciado  
que hay afuera un visitante.  
Me incorporo.  
—Te esperaba a tí, mujer;  
no has llegado, no has llegado...

Abro, en torno  
miro. Nadie llama, nadie...  
Y entran hojas,  
y entra húmedo y sombrío,  
suspirando el viento frío  
del otoño.

ALBERTO, RUED.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES



7-123  
2

Al preguntarle Bertrand Russell a uno de los bolshevikis rusos qué es lo que habían hecho en favor del arte, contestóle el interpelado:—No hemos tenido tiempo para un arte nuevo, así como tampoco para una nueva religión.—Lo que recuerda aquello que se cuenta que los jacobinos franceses de la gran revolución de fines del siglo XVIII dijeron respecto al gran químico Lavoisier. Y, sin embargo, el bolshevikismo parece ser más que otra cosa un movimiento religioso. Y así lo dice el mismo Bertrand Russell, lo que le ha valido algunos comentarios de lectores de THE NATION, empezando por Robert Dell, que es de esos nacionalistas que pierden la razón en cuanto oyen mentar la religiosidad. Y tras de Robert Dell han intervenido otros tres más en el pequeño debate.

Bertrand Russell halla cierto parecido entre la revolución bolshevikí rusa y otra revolución, la inglesa y puritana de mediados del siglo XVII, la que produjo a Cromwell—y a Milton—y que fué una revolución política-religiosa. Dice Bertrand Russell: «Los sinceros comunistas no son diferentes de los soldados puritanos en su augusto propósito político moral. Los tratos de Cromwell con el Parlamento no se diferencian de las de Lenine con la Asamblea Constituyente. Ambos, arrancando de una combinación de democracia y de fe religiosa, fueron llevados a sacrificar la democracia a la religión impuesta por dictadura militar. Ambos intentaron obligar a sus patrias en un nivel de moralidad y de esfuerzo más altos que el que toleraban los respectivos pueblos. La vida en la Rusia moderna, como en la Gran Bretaña puritana, es en varios aspectos



contraria al instinto. Y si los bolshevikis caen por último, será por la razón porque cayeron los puritanos: a causa de que llega un momento en que los hombres sienten que la diversión y el bienestar—«amusement and ease»—valen más que todos los otros bienes juntos.»

Un inglés filósofo de las matemáticas que cree que la diversión—«amusement»—y el bienestar, o sea la suavidad y facilidad de vivir—«ease»—valen más que todos los demás bienes juntos, un hedonista de este calibre, no es, ciertamente, el más capacitado para comprender el íntimo sentido de una revolución religiosa como la del bolshevikismo ruso. Y revolución religiosa, aunque los jefes mismos del bolshevikismo crean otra cosa.

Y no es menester que el bolshevikismo doctrinal no crea en Dios y en otra vida cualquiera que trasciende de la de este mundo. Con que crea en el No-Dios basta. Porque no es lo mismo no creer en Dios, no creer que hay Dios, que creer en el No-Dios o creer que no hay Dios. Y si el agnosticismo científico no cree que haya Dios, ya que la creencia se excluye del conocimiento científico, al ateísmo religioso, y hasta teológico o ateológico—que es igual—cree que no hay Dios. Y esta es una creencia, una fe, como la otra, y hasta una superstición. Y en cuanto a la otra vida ...

Dícese que Lenine ha hecho poner en las iglesias de Moscou unos grandes letreros que rezan así: «La religión es un opio para el espíritu del pueblo». Y él, Lenine le da a su pueblo ruso otro opio. O si queréis, un alcohol. Que sin un opio, o un alcohol, no puede vivir







4

el pueblo cuya imagen nos grabó a fuego Dostojevski en sus religiosísimas novelas.

De lo que menos tiene la revolución rusa, por lo que de ella sabemos, es de ser una realización del marxismo, de ese marxismo hidrópico de pedantería cientifista que al formular la doctrina de la concepción materialista de la historia condenó, de hecho, toda revolución humana. Las revoluciones las hacen las cosas y no los hombres, según el marxismo materialista. Y la revolución rusa la están haciendo los hombres y no las cosas. Y hombres utopistas, que son los que hacen las revoluciones.

El señor Robert Dell, al leer las impresiones de Bertrand Russell, se sintió encendido en santo horror al fanatismo religioso y saltó encomiando a la razón. Acusa a los bolshevikis de ateos, comprendiendo muy bien que el ateísmo es una religión, y les inculpa de fanáticos. Dice que obran según fe y no según razón. Ahora que la razón—o escribamos más bien Razón, con mayúscula—de Robert Dell nos parece otro dios. ¡Es tan difícil desembarazarse de él! A Mr. Dell le causan los bolshevikis el mismo miedo que los puritanos del siglo XVII y jacobinos del XVIII, y es que Mr. Dell, como genuino racionalista agnóstico, es un conservador.

Entre los lectores de THE NATION que han mediado en esta pequeña controversia, hay uno, Edward G. Smith, que le dice a Mr. Dell que confunde la religión con la superstición, el dogmatismo y la intolerancia. Según Mr. Edward G. Smith, Mr. Dell procede de una estirpe de cuáqueros y es posible que sufra una fuerte





reacción contra la fe de sus antepasados». Y luego le interpela así: «¿pero puede encontrar semejanza alguna entre la religión de Pennington y Woolman y el recio dogmatismo de Clemenceau a Lenine?» Y en seguida agrega: «¿Es que en realidad no es cierto que es la falta de fe lo que hace a los jacobinos bolshevikis, calvinistas y a Mr. Clemenceau volverse a la guillotina, a la dictadura del proletariado, a la picota o al general Foch? Dice el necio en su corazón: «no hay Dios; dadme algo en que fiar— un dogma o una dictadura»— Y el resultado es que sufre el mundo».

Pues bien, señor Smith, no; no es la falta de fe lo que hizo a los calvinistas acudir a la picota, y los jacobinos a la guillotina, ni lo que ha hecho a Clemenceau entregarse al general Foch, ni lo que hace que los bolshevikis se fien de la dictadura del proletariado. La fe de éstos no será la del señor Smith, pero es una fe. ¿O es que la fe no acude a la violencia?

Bertrand Russell, por ejemplo, que es un filósofo matemático, podrá decirnos que a nadie se le ocurre imponer por la fuerza los teoremas matemáticos y a la vez que nadie se deja matar por sostener que los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos o que la hipérbola se va acercando siempre a su asíntota sin llegar nunca a tocarla, y ello porque ni hace falta la fuerza en aquel caso ni este martirio servirá de nada. Pero en religión los mártires hacen la fe y la fe crea su objeto. Y la historia es una obra de la voluntad humana.

Son hombres, hombres y no cosas, los que están haciendo la revolución rusa. Y creando a la vez mitos.



El mismo Lenine se nos va haciendo místico. Y esos hombres que hacen la revolución aunque luego ésta se deshaga, que será rehacerse—no son números de una estadística demográfica ni son ejemplares antropológicos del «homo oeconomicus» de los economistas, ni les empuja sólo, ni aún principalmente, el hambre.

Cuando la sublevación «decembrista» de 1825, en Rusia, dices que los buenos vecinos de San Petersburgo—todavía no era Petrograd—al oír aclamar a la Constitución creían que se trataba de la mujer de Constantino, hermano de Nicolás I y heredero legítimo del trono, y esta creencia gritaban algunos: «¡viva Constantino y su mujer Constitución!» Lo que marca un proceso mitológico y de personalización.

La concepción materialista de la historia, esa doctrina ateológica y pedantesca, implica también una fe, pero es la fe de los conservadores. «Quien compone un programa para el porvenir es un reaccionario», dicen que le escribió en 1869 Carlos Marx a su amigo Beedy que había publicado un artículo sobre el porvenir de la clase obrera. Para Marx la economía política socialista era una especie de astronomía; preveía los eclipses pero no los provocaba. Y sin embargo, Marx mismo trazaba programas. Pero esto que está pasando es un terremoto y no un eclipse social, y todavía no se ha hallado el medio de prever los terremotos. Y mermos los humanos.

Los motivos no económicos, an-económicos y hasta anti-económicos cuentan más que los económicos en la revolución rusa bolsheviki y de ahí su grandeza. Grandeza angélica o diabólica, pero grandeza. Es un



terremoto que sacude las raíces de una sociedad que buscaba la diversión y el bienestar sobre toda otra cosa. Y nuestra voz bienestar tiene más fuerza que la inglesa «ease». Bienestar es estar bien y no se trata ya de estar, sino de vivir. Y vivir es anhelar y crear y crear y para anhelar y crear y crear hay que sufrir. Y a las veces hacer sufrir. Un teorema matemático está, pero un principio religioso vive. Y la revolución es vida.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S